

Hacia un pacto global

[David Held](#)

Ni el neoliberalismo que pretende exportar las ventajas del mercado a todo el planeta ni los antiglobalizadores que predicán acciones locales para resolver cuestiones mundiales. La socialdemocracia, que ya demostró en Europa su capacidad para reducir la injusticia y la pobreza, es la única receta contra los desequilibrios del nuevo orden global.



La historia de este orden cada vez más global en el que vivimos no es sencilla. La globalización no es, ni ha sido nunca, un fenómeno unidimensional. Aunque ha habido una enorme expansión de los mercados mundiales que ha alterado el terreno político, la historia de la globalización no es sólo económica, ni mucho menos.

Desde 1945 se ha ido produciendo una vinculación entre el derecho internacional y la moral, en la medida en que la soberanía ya no se considera meramente un poder real sino, cada vez más, la autoridad legítima definida en virtud del respeto a los derechos humanos y los valores democráticos; una reafirmación importante de los valores universales relativos a la igualdad de dignidad y valor de todos los seres humanos en las leyes y normas

internacionales; el establecimiento de complejos sistemas de gobierno, tanto regionales como mundiales, y el reconocimiento creciente de que, para obtener el bien público a largo plazo –sea la estabilidad económica, la protección ambiental o el igualitarismo en el mundo–, es precisa una acción multilateral coordinada. Aunque, en la actualidad, la postura unilateral del Gobierno de Bush amenaza los progresos logrados, se puede y se debe avanzar a partir de ellos.

El *giro global* de las últimas décadas ha ayudado a establecer un marco de referencia para desarrollar estos avances. En concreto, la transformación de la soberanía y el gobierno se basa en unos valores y unos principios que van más allá del estatismo y el nacionalismo. Son valores y principios cosmopolitas a los que se recurre para circunscribir y delimitar la parte inaceptable de la soberanía de Estado.

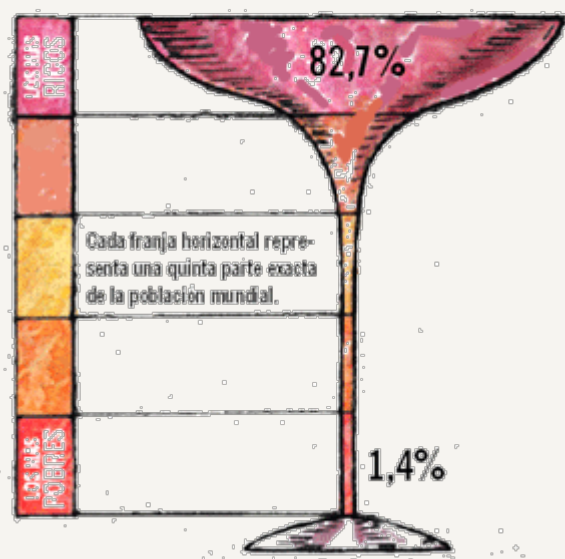
Los valores y principios en juego –entre otros, los principios de la igualdad de valor moral, libertades y condición política para todos los seres humanos, y el legado común de la humanidad– sientan las bases para una nueva concepción del internacionalismo. Un internacionalismo definido por el compromiso con los ideales éticos cosmopolitas y el intento de afianzarlos en las instituciones políticas, sociales y económicas fundamentales, y que ofrece un contexto para transformar la naturaleza y la forma de gobierno. El elemento central es la exigencia de que toda autoridad política legítima, en todas las instancias, respete y se atenga al compromiso con los valores y principios de la igualdad política, la política democrática, los derechos humanos, la justicia política y social y la gestión responsable del medio ambiente.

La fase contemporánea de la globalización está transformando los cimientos del orden mundial, alejándonos de un mundo exclusivamente basado en la política de Estado para pasar a una forma nueva y más compleja de política mundial y múltiples niveles de gobierno. En este comienzo del siglo xxi, existen buenas razones para pensar que no es posible restaurar el orden internacional de Estados tradicional y que no es probable que se detengan los motores esenciales de la globalización. Por consiguiente, es inevitable que haya un cambio fundamental en la orientación política. Los cambios de perspectiva están claramente delimitados en la rivalidad entre las principales variantes que componen la política

de la globalización. Las dos posturas principales –el neoliberalismo y el movimiento antiglobalización– están llenas de problemas.

Por un lado, el neoliberalismo se limita a perpetuar los sistemas económicos y políticos existentes, y no propone verdaderas políticas para hacer frente a los problemas del fracaso de los mercados; por otro, la postura radical contra la globalización parece creer ingenuamente en la capacidad de las acciones locales para resolver o combatir las prioridades de gobierno generadas por las fuerzas globalizadoras. ¿Cómo va a poder abordar semejante política los retos planteados por unas comunidades de destino parcialmente coincidentes?

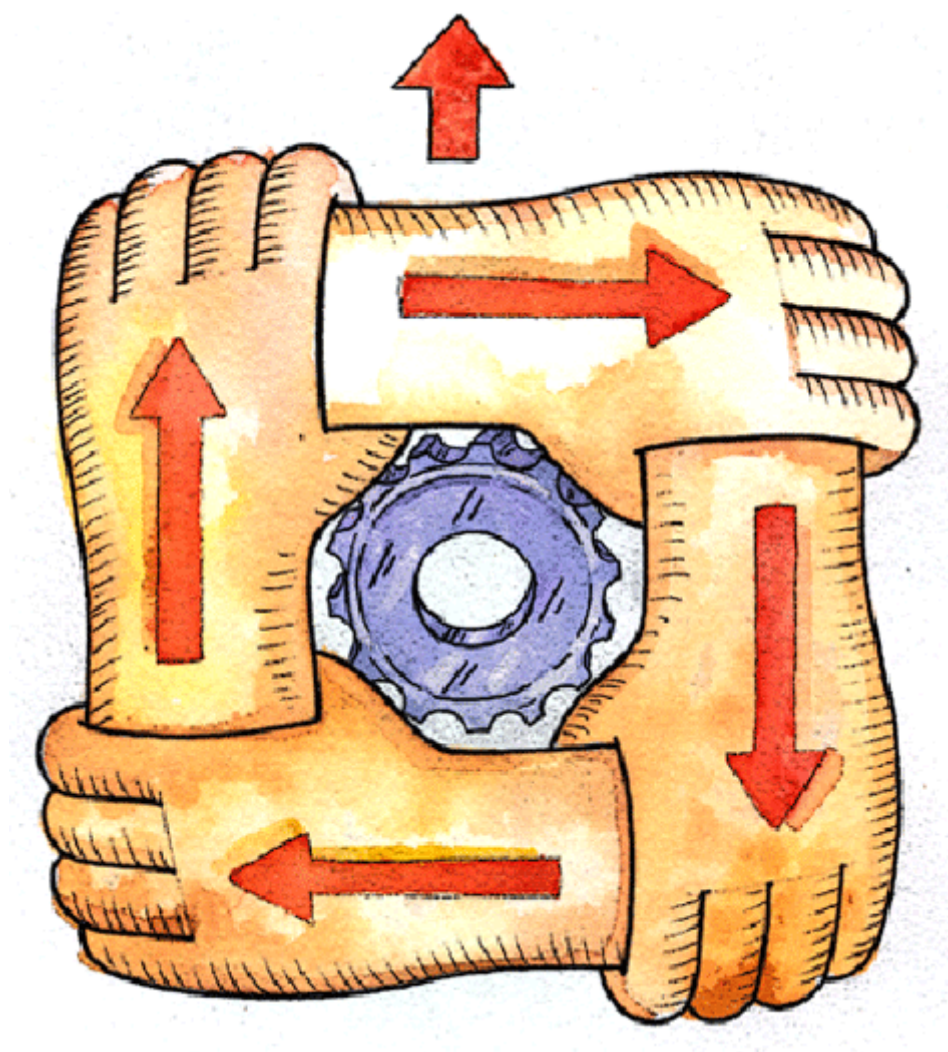
Globalización y distribución de la renta



Globalización y distribución de la renta

Para muchos analistas de la globalización, la desigualdad mundial es el punto crucial de la agenda global actual. Sin embargo, el debate sobre sus causas y consecuencias es complejo. La principal división se sitúa entre quienes entienden la desigualdad como producto inevitable de dos siglos de industrialización en Occidente, que interpretan la globalización como una fuerza poderosa para expandir la riqueza y reducir la pobreza, y los que opinan que la globalización está haciendo lo contrario, es decir, creando un mundo más empobrecido y desigual.

El abismo entre los más ricos y los más pobres puede representarse en forma de copa de champán. Este duro retrato de la distribución de la renta ilustra las enormes desigualdades en cuanto a los recursos económicos de que dispone la población mundial. Las disparidades quedan mejor reflejadas con los siguientes datos: los casi 900 millones de personas con la suerte de residir en Occidente disfrutan del 86% de los gastos de consumo, el 79% de la renta mundial, 58% del gasto energético y el 74% de las líneas telefónicas. Mientras tanto, los 1.200 millones más pobres deben compartir el 1,3% del consumo mundial, el 4% de la energía, el 5% del consumo de pescado y carne y el 1,5% de todas las líneas telefónicas.



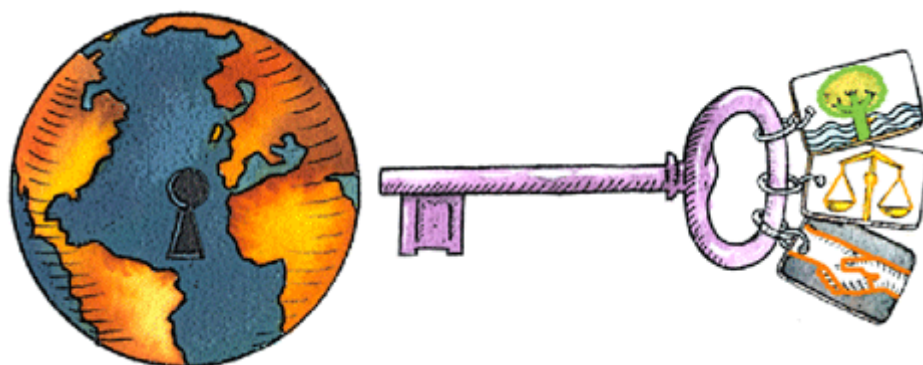
EL UNILATERALISMO DE EE UU

Por supuesto, se puede decir lo mismo sobre la posición actual del Gobierno estadounidense. Si Estados Unidos actúa en el mundo en solitario, no podrá contribuir a suministrar bienes públicos globales tan importantes como el libre comercio, la estabilidad económica y la sostenibilidad ambiental, cosas de las que dependen su propio desarrollo y su propia prosperidad.

Además, si actúa de forma unilateral, tampoco podrá alcanzar objetivos internos esenciales, incluidas las prioridades en materia de seguridad nacional. La lucha contra el terrorismo global exige un uso coordinado de los servicios secretos, la información y los recursos; la vigilancia de lo que queda de un Afganistán seguro (Kabul) requiere medios internacionales (tanto económicos como humanos); y, en cuanto a Irak, es imposible que haya una paz y una reconstrucción legítimas sin la cooperación

internacional, inversiones procedentes de todo el mundo y la colaboración de numerosos países en el suministro de personal cualificado de todo tipo, desde soldados hasta ingenieros.

La posición alternativa es la socialdemocracia global, que pretende partir del proyecto de la socialdemocracia y, al tiempo, hacer suyos los avances del orden multilateral posterior al Holocausto. Su fin es adoptar parte de los valores e ideas de la socialdemocracia y aplicarlos a la nueva situación económica y política en el mundo. Los pactos sociales nacionales son insuficientes para garantizar un equilibrio real entre los valores de la solidaridad social, la política de la democracia y la eficacia del mercado. El desafío actual, como ha señalado el secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, es diseñar un pacto o proyecto similar que sirva de base para la nueva economía mundial.



ANTI Y PROGLOBALIZACIÓN

El proyecto de la socialdemocracia global responde a ese reto. Es una base para fomentar el imperio de la ley internacional, mayor transparencia, responsabilidad y democracia en el gobierno del mundo, un compromiso más profundo con la justicia social, la protección y reinención de la comunidad a distintos niveles, y la transformación de la economía global en un orden económico libre y justo, basado en unas normas. La política de la socialdemocracia global contiene claras posibilidades de diálogo entre distintos segmentos del espectro político pro y antiglobalización, aunque, por supuesto, será blanco de las críticas por parte de los extremos.

El cuadro (páginas 52 y 53) resume el proyecto de la socialdemocracia global, la base para una nueva alianza mundial. No trata de presentar una elección entre todo o nada, sino que ofrece una dirección para el cambio, con

claros puntos de orientación. Aunque cualquier medida adoptada para poner en marcha el programa de reformas en cada una de estas áreas sería un paso importantísimo para la política progresista, el programa de la socialdemocracia global sólo podrá afrontarse, en definitiva, si se abordan las medidas políticas de todas ellas. Uno de los principales interrogantes políticos de nuestra época es cuál es la mejor manera de llevar a la práctica dicho programa y cuál es la mejor forma de proporcionar los bienes públicos globales.

Podría desarrollarse una coalición de agrupaciones políticas que impulse aún más el programa de la socialdemocracia global, en la que entrarían países europeos de fuerte tradición liberal y socialdemócrata; grupos progresistas estadounidenses que apoyan el multilateralismo y el imperio de la ley en los asuntos internacionales; países en vías de desarrollo que luchan por conseguir normas comerciales más libres y más justas en el sistema económico mundial; organizaciones no gubernamentales, desde Amnistía Internacional hasta Oxfam, que luchan por un orden mundial más justo, democrático y equitativo; movimientos sociales transnacionales que se oponen a la naturaleza y la forma de la globalización actual, y las fuerzas económicas que desean una economía mundial más estable y mejor administrada.

El nuevo internacionalismo está definido por el compromiso con los ideales éticos cosmopolitas y el intento de afianzarlos en la política, la sociedad y la economía

La coalición para la socialdemocracia global necesitaría contar con una compleja serie de grupos y compromisos para resultar atractiva. Pero, a pesar de su complejidad, no es imposible. Éstos podrían ser algunos de sus ingredientes fundamentales:

Grandes potencias europeas | Deben comprometerse a crear un orden multilateral, y no un orden multipolar, en el que se limiten a perseguir sus propios intereses de Estado por encima de todo lo demás.

Unión Europea | La UE debe abordar su debilidad en asuntos geopolíticos y estratégicos mediante el desarrollo de una fuerza de reacción rápida y la creación de una fuerza de defensa común europea.

Estados Unidos | Washington tiene que reconocer que sus intereses estratégicos, económicos y ambientales a largo plazo sólo pueden alcanzarse mediante la colaboración, y debe aceptar, como cuestión de principios, las oportunidades y restricciones que ofrecen las instituciones multilaterales y los regímenes internacionales.

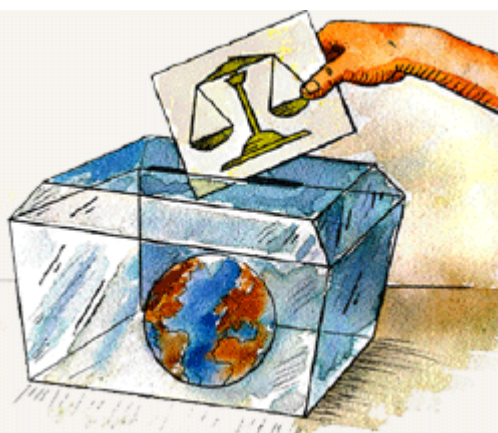
Países en vías de desarrollo | Los países menos favorecidos que buscan ayudas sustanciales e inversiones extranjeras (tanto públicas como privadas), necesitan aceptar el establecimiento de formas de gobierno transparentes y positivas como requisito para atraer dichas inversiones a la infraestructura de sus economías y sus sociedades.

ONG | Las organizaciones no gubernamentales necesitan comprender que, si bien su voz en los asuntos internacionales es importante, representan intereses particulares que deben acomodarse y adaptarse a unos contextos más generales de responsabilidad y justicia.

OIG | Las organizaciones internacionales gubernamentales que utilizan y defienden más financiación pública tienen que reconocer que son parte de un funcionariado internacional que contribuye a proporcionar bienes públicos esenciales y no representantes de Estados-nación concretos ni intereses sectoriales. Es preciso racionalizar y aclarar los mandatos y las jurisdicciones de las OIG, confusos y contradictorios.

Gobiernos regionales | Sin dejar de incrementar y ampliar las oportunidades de desarrollo de sus Estados miembros, deben comprometerse a mantener sus regiones abiertas a la relación económica y diplomática con otras; es decir, deben fomentar formas abiertas de regionalismo.

Gobiernos nacionales | Deben reconocer que son partes interesadas en los problemas mundiales y que ese interés es un primer paso fundamental hacia su resolución; los parlamentos nacionales y regionales necesitan mejorar su comunicación con los órganos de gobierno supranacionales, su conocimiento de ellos y su compromiso.



Las pautas de la socialdemocracia global.

D. H.

Principios éticos rectores

Igualdad de valor moral, igualdad de libertades, igualdad de condición política, toma colectiva de decisiones sobre los asuntos públicos, mejora de las necesidades urgentes, desarrollo para todos, sostenibilidad ambiental.

Objetivos institucionales

Imperio de la ley, igualdad política, política democrática, justicia social mundial, solidaridad social y espíritu comunitario, eficiencia económica, equilibrio ecológico mundial.

Medidas prioritarias

- **Economía**

- Regular los mercados mundiales; salvar la ronda de negociaciones comerciales de Doha; eliminar los subsidios de la UE y EE UU a la agricultura y el sector textil; reformar los aspectos de los derechos de propiedad intelectual ligados al comercio (TRIPS); ampliar los términos de referencia del Global Compact (iniciativa de Kofi Annan para que los líderes y las corporaciones mundiales adopten nueve principios que afectan a los derechos humanos, el trabajo y el medio ambiente).
- Promover el desarrollo: realizar una integración gradual de los mercados comerciales y financieros mundiales (especialmente los mercados de capitales de cartera); ampliar la capacidad negociadora de los países en vías de desarrollo dentro de la Organización Mundial del Comercio (OMC); aumentar la participación de los países en vías de desarrollo en las instituciones financieras internacionales; abolir la deuda para los países fuertemente endeudados; vincular la cancelación de la deuda a la financiación de la educación infantil y la atención sanitaria básica; cumplir el objetivo de la ONU de dedicar el 0,7% del PIB a la ayuda exterior; establecer un nuevo instrumento financiero internacional para facilitar las inversiones en los países

Europa podría desempeñar un papel especial en la defensa de la causa de la socialdemocracia global. Como cuna de la socialdemocracia y de un experimento histórico de gobierno por encima de los Estados, Europa ha acumulado enorme experiencia en el estudio de diseños institucionales para un gobierno supraestatal. Ofrece nuevas formas de pensamiento sobre el gobierno más allá del Estado, que promueven una actitud más responsable y reglamentada –y no neoliberal ni unilateral– respecto al gobierno mundial. Eso no quiere decir que la UE tenga que dirigir una coalición de fuerzas transnacionales e internacionales opuestas a Estados Unidos. Al contrario, es crucial ser conscientes de la complejidad de la política nacional estadounidense y la existencia de fuerzas sociales, políticas y económicas progresistas, que propugnan un orden mundial muy distinto al que defienden los neoconservadores actuales.

Aunque algunos de los posibles participantes en un movimiento hacia la socialdemocracia global tendrían, inevitablemente, intereses divergentes en una gran variedad de materias, existe la posibilidad de que exista una gran coincidencia a la hora de reforzar el multilateralismo, construir nuevas instituciones para la provisión de bienes públicos globales, regular los mercados mundiales, aumentar la responsabilidad, proteger el medio ambiente y remediar con urgencia las injusticias sociales que matan a diario a miles de hombres, mujeres y niños. Y existen pruebas de que el empuje de una coalición semejante estaría en sintonía con la actitud de la gente hacia la globalización en muchas partes del mundo. Una encuesta reciente destaca que, aunque muchas personas tienen una opinión positiva sobre las ventajas de la globalización, en general, desean un tipo de globalización distinto al que se les ofrece en la actualidad: la integración de las economías y las sociedades tiene que compensarse con la protección de las tradiciones locales, un ritmo de vida sostenible y una red mundial de protección social que ayude a garantizar la igualdad de oportunidades.

RAZONES PARA EL PESIMISMO

A lo largo de los últimos cien años, el poder político se ha transformado y reconfigurado. Se ha repartido por debajo, por encima y al lado del Estado-nación. La globalización ha *acercado* a grandes sectores de la población mundial en comunidades de destino superpuestas. Sin embargo, es evidente que existen numerosas razones para el pesimismo. Se avecinan nubes de tormenta. La globalización

no sólo ha unido a pueblos y naciones, sino que también ha creado nuevas formas de antagonismo. La globalización de las comunicaciones no sólo facilita el entendimiento mutuo, sino que, muchas veces, destaca lo que no tiene en común la gente y en qué medida y por qué importan las diferencias.

El juego político dominante en la *ciudad transnacional* sigue siendo la geopolítica. El egocentrismo étnico, el nacionalismo de ultraderecha y la política unilateralista están otra vez en aumento, y no sólo en Occidente. Ahora bien, las circunstancias y el carácter de la política han cambiado. Igual que la cultura nacional y las tradiciones de los Estados, el internacionalismo vibrante y la socialdemocracia global son un proyecto cultural y político, pero con una diferencia: son más adecuados para nuestra era regional y global. Por desgracia, en muchas partes del mundo todavía no se han desarrollado del todo los argumentos en su favor, y esa falta de desarrollo puede tener consecuencias.

Es importante regresar al 11 de septiembre y la guerra de Irak, y decir qué significan en este contexto. No se puede aceptar el peso de restaurar la responsabilidad y la justicia en una esfera de la vida –la seguridad física y la cooperación política entre los aparatos de defensa– sin intentar hacerlo, al mismo tiempo, en todas las demás. Si la dimensión política y de seguridad de la responsabilidad y la justicia se mantiene separada a largo plazo de la dimensión social y económica –como tiende a hacer el orden mundial actual–, las perspectivas de vivir en una sociedad civil y pacífica serán muy escasas. Para contar con el apoyo popular contra el terrorismo, la violencia política y las políticas excluyentes de todo tipo, es preciso convencer a la gente de que existe una forma legal, sensible y específica de resolver sus quejas. Ése es el motivo de que la globalización, sin una socialdemocracia global, pueda fracasar.

El juego político dominante en la 'ciudad transnacional' sigue siendo la geopolítica. El egocentrismo étnico y el nacionalismo de ultraderecha aumentan

Con el telón de fondo del 11 de septiembre, la postura unilateralista actual de Estados Unidos y el desesperado ciclo de violencia en Oriente Medio y otros lugares, propugnar la socialdemocracia global puede parecer un intento de desafiar la gravedad o caminar sobre las aguas. Y sería verdad si

la alternativa fuera adoptar la socialdemocracia global totalmente y desde el principio o no adoptarla en absoluto.

Pero se trata de algo muy similar a lo que ocurría con la construcción del Estado moderno en la época en la que vivieron sus fundadores. A lo largo de las últimas décadas, el crecimiento del multilateralismo y el desarrollo del derecho internacional han creado unos cimientos socialdemócratas en el mundo que son la base para consolidar aún más los principios e instituciones socialdemócratas.

Además, podría surgir una coalición de agrupaciones políticas que continúe esa labor. Desde luego, está por ver hasta qué punto son capaces de unirse –y de superar la feroz oposición que ejercen unos intereses geopolíticos y geoeconómicos muy arraigados– tales fuerzas en torno a esos objetivos.

Hay mucho en juego, pero también son muchos los beneficios posibles para la seguridad y el desarrollo de la humanidad si logramos hacer realidad la aspiración de socialdemocracia global. Una cosa está clara: las políticas actuales de seguridad y desarrollo no son suficientes, y los argumentos para recurrir a nuevas políticas y nuevos métodos son abrumadores.



Desde la época de la Ilustración, la idea de un gobierno mundial ha sido un sueño de la humanidad. Kant, Rousseau y otros filósofos del siglo de las luces escribieron sobre ello. En la actualidad son, sobre todo, teóricos de la socialdemocracia europea quienes más reflexionan sobre la conveniencia y la necesidad de una cierta gobernanza mundial y una regulación del fenómeno de la globalización, como David Held en *Global Covenant. The Social Democratic Alternative to the Washington Consensus* (Cambridge, Polity Press, 2004). Anteriormente, había publicado *Modelos de democracia* (Alianza Editorial, Madrid, 2002), *La democracia y el orden global: del estado moderno al gobierno cosmopolita* (Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 1997) o *Globalización/Antiglobalización: sobre la reconstrucción del orden mundial* (Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 2003), en colaboración con Anthony Mc Grew. Anthony Giddens, teórico de la tercera vía, también lo ha hecho en obras como *Consecuencias de la modernidad* (Alianza Editorial, Madrid, 2004) o *The Progressive Manifesto* (Cambridge, Polity, 2003). Frente a estas posiciones, un neoconservador estadounidense como Robert Kagan asegura en *Poder y debilidad: Europa y Estados Unidos frente al nuevo orden mundial* (Ed. Taurus, Madrid, 2003) que la brecha entre ambos continentes es insalvable y que Washington debe ejercer su poder en solitario. En *La paradoja del poder norteamericano* (Ed. Taurus, Madrid, 2003), el politólogo Joseph S. Nye asegura que, para mantener su supremacía, Estados Unidos debe ejercer varios tipos de poder, no sólo el militar. Los organismos internacionales también están presentes en este debate e intentan influir en la agenda y la orientación de la política mundial a través de un vasto entramado de organizaciones. El secretario de Naciones Unidas, Kofi Annan, aboga en su propuesta *A compact for a new century* porque los líderes y las corporaciones mundiales adopten una regulación común en aspectos como derechos humanos, trabajo y medio ambiente. El texto se puede encontrar en inglés en: www.un.org

Para estudiar las últimas estadísticas en tendencias globales resultan muy útiles documentos del Banco Mundial como *World Development Indicators* (World Bank, Washington, 2004) o *Poverty in the Age of Globalization* (World Bank, Washington, 2002). También se puede consultar el *Informe sobre desarrollo humano 2003* del PNUD, que está disponible en la Red en <http://hdr.undp.org/reports/global/2003/espanol/index.htm>, y el informe en castellano sobre el Comercio y el Desarrollo 2003 del Programa sobre Comercio y Desarrollo de la ONU (UNCTAD) en: www.unctad.org/Templates/Page.asp?intlemlD=1397&lang=1). Asimismo, resulta revelador el anuario *Global Civil Society 2003*, un resumen sobre las transformaciones y el análisis de la sociedad global, realizado por Global Civil

Society Project, que se puede descargar en inglés en: www.lse.ac.uk/Depts/global/Yearbook/outline2003.htm

Ni el neoliberalismo que pretende exportar las ventajas del mercado a todo el planeta ni los antiglobalizadores que predicán acciones locales para resolver cuestiones mundiales. La socialdemocracia, que ya demostró en Europa su capacidad para reducir la injusticia y la pobreza, es la única receta contra los desequilibrios del nuevo orden global. [David Held](#)



La historia de este orden cada vez más global en el que vivimos no es sencilla. La globalización no es, ni ha sido nunca, un fenómeno unidimensional. Aunque ha habido una enorme expansión de los mercados mundiales que ha alterado el terreno político, la historia de la globalización no es sólo económica, ni mucho menos.

Desde 1945 se ha ido produciendo una vinculación entre el derecho internacional y la moral, en la medida en que la soberanía ya no se considera meramente un poder real sino, cada vez más, la autoridad legítima definida en virtud del respeto a los derechos humanos y los valores democráticos; una reafirmación importante de los valores universales relativos a la igualdad de dignidad y valor de todos los seres humanos en las leyes y normas internacionales; el establecimiento de complejos sistemas de gobierno, tanto regionales como mundiales, y el reconocimiento creciente de que, para obtener el bien público a largo plazo –sea la estabilidad económica,

la protección ambiental o el igualitarismo en el mundo—, es precisa una acción multilateral coordinada. Aunque, en la actualidad, la postura unilateral del Gobierno de Bush amenaza los progresos logrados, se puede y se debe avanzar a partir de ellos.

El *giro global* de las últimas décadas ha ayudado a establecer un marco de referencia para desarrollar estos avances. En concreto, la transformación de la soberanía y el gobierno se basa en unos valores y unos principios que van más allá del estatismo y el nacionalismo. Son valores y principios cosmopolitas a los que se recurre para circunscribir y delimitar la parte inaceptable de la soberanía de Estado.

Los valores y principios en juego —entre otros, los principios de la igualdad de valor moral, libertades y condición política para todos los seres humanos, y el legado común de la humanidad— sientan las bases para una nueva concepción del internacionalismo. Un internacionalismo definido por el compromiso con los ideales éticos cosmopolitas y el intento de afianzarlos en las instituciones políticas, sociales y económicas fundamentales, y que ofrece un contexto para transformar la naturaleza y la forma de gobierno. El elemento central es la exigencia de que toda autoridad política legítima, en todas las instancias, respete y se atenga al compromiso con los valores y principios de la igualdad política, la política democrática, los derechos humanos, la justicia política y social y la gestión responsable del medio ambiente.

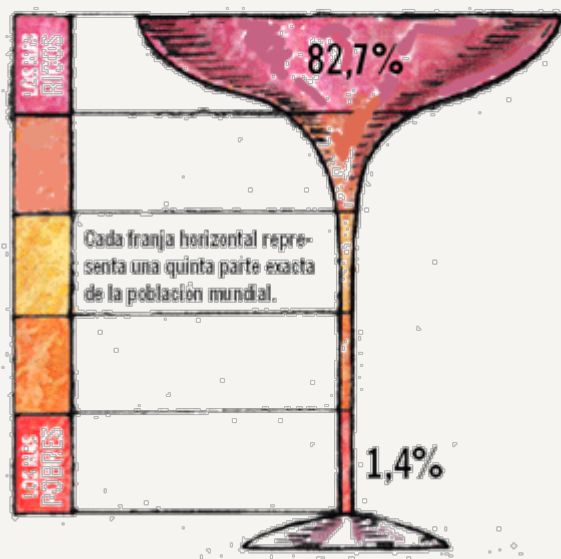
La fase contemporánea de la globalización está transformando los cimientos del orden mundial, alejándonos de un mundo exclusivamente basado en la política de Estado para pasar a una forma nueva y más compleja de política mundial y múltiples niveles de gobierno.

En este comienzo del siglo xxi, existen buenas razones para pensar que no es posible restaurar el orden internacional de Estados tradicional y que no es probable que se detengan los motores esenciales de la globalización.

Por consiguiente, es inevitable que haya un cambio fundamental en la orientación política. Los cambios de perspectiva están claramente delimitados en la rivalidad entre las principales variantes que componen la política de la globalización. Las dos posturas principales —el neoliberalismo y el movimiento antiglobalización— están llenas de problemas.

Por un lado, el neoliberalismo se limita a perpetuar los sistemas económicos y políticos existentes, y no propone verdaderas políticas para hacer frente a los problemas del fracaso de los mercados; por otro, la postura radical contra la globalización parece creer ingenuamente en la capacidad de las acciones locales para resolver o combatir las prioridades de gobierno generadas por las fuerzas globalizadoras. ¿Cómo va a poder abordar semejante política los retos planteados por unas comunidades de destino parcialmente coincidentes?

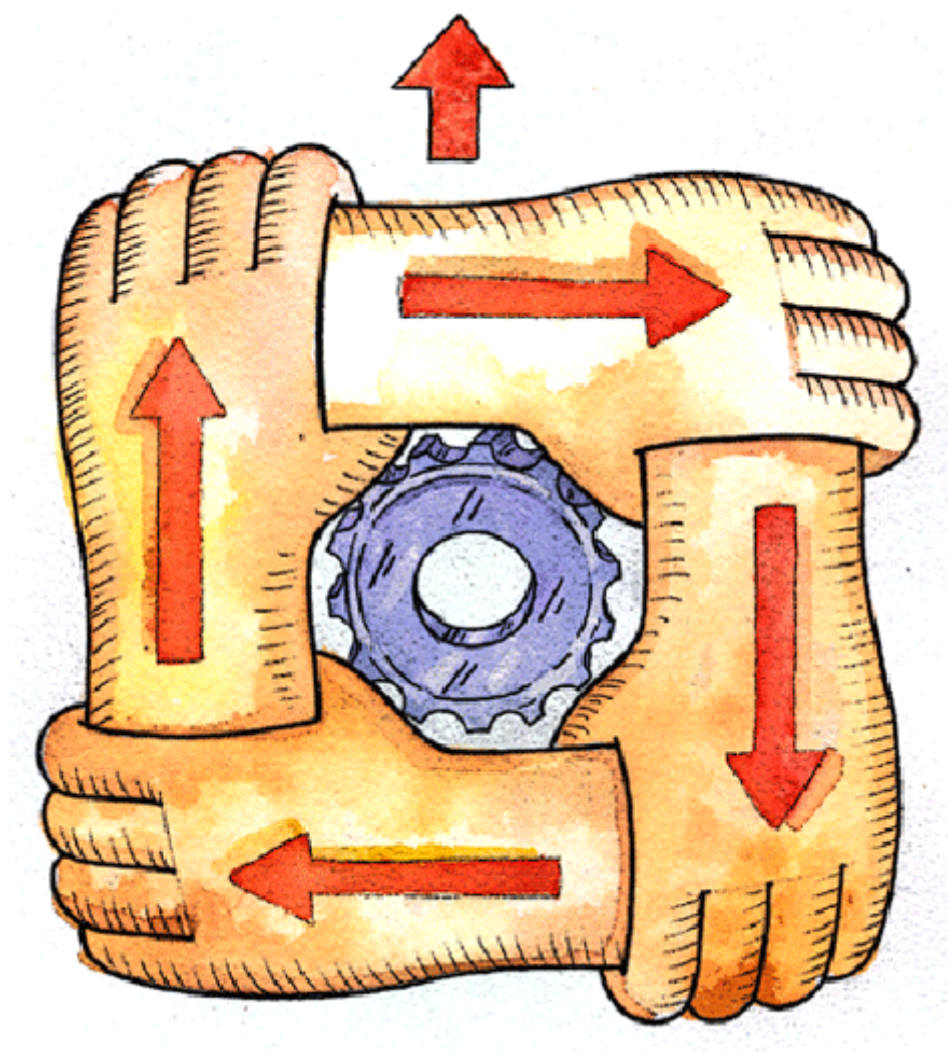
Globalización y distribución de la renta



Globalización y distribución de la renta

Para muchos analistas de la globalización, la desigualdad mundial es el punto crucial de la agenda global actual. Sin embargo, el debate sobre sus causas y consecuencias es complejo. La principal división se sitúa entre quienes entienden la desigualdad como producto inevitable de dos siglos de industrialización en Occidente, que interpretan la globalización como una fuerza poderosa para expandir la riqueza y reducir la pobreza, y los que opinan que la globalización está haciendo lo contrario, es decir, creando un mundo más empobrecido y desigual.

El abismo entre los más ricos y los más pobres puede representarse en forma de copa de champán. Este duro retrato de la distribución de la renta ilustra las enormes desigualdades en cuanto a los recursos económicos de que dispone la población mundial. Las disparidades quedan mejor reflejadas con los siguientes datos: los casi 900 millones de personas con la suerte de residir en Occidente disfrutan del 86% de los gastos de consumo, el 79% de la renta mundial, 58% del gasto energético y el 74% de las líneas telefónicas. Mientras tanto, los 1.200 millones más pobres deben compartir el 1,3% del consumo mundial, el 4% de la energía, el 5% del consumo de pescado y carne y el 1,5% de todas las líneas telefónicas.



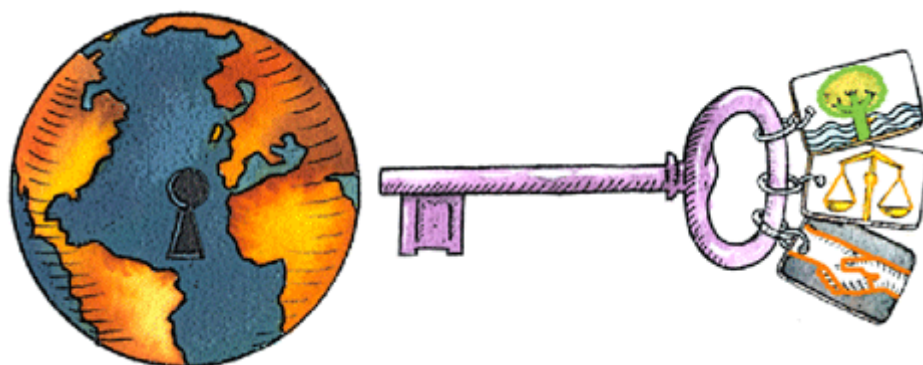
EL UNILATERALISMO DE EE UU

Por supuesto, se puede decir lo mismo sobre la posición actual del Gobierno estadounidense. Si Estados Unidos actúa en el mundo en solitario, no podrá contribuir a suministrar bienes públicos globales tan importantes como el libre comercio, la estabilidad económica y la sostenibilidad ambiental, cosas de las que dependen su propio desarrollo y su propia prosperidad.

Además, si actúa de forma unilateral, tampoco podrá alcanzar objetivos internos esenciales, incluidas las prioridades en materia de seguridad nacional. La lucha contra el terrorismo global exige un uso coordinado de los servicios secretos, la información y los recursos; la vigilancia de lo que queda de un Afganistán seguro (Kabul) requiere medios internacionales (tanto económicos como humanos); y, en cuanto a Irak, es imposible que haya una paz y una reconstrucción legítimas sin la cooperación

internacional, inversiones procedentes de todo el mundo y la colaboración de numerosos países en el suministro de personal cualificado de todo tipo, desde soldados hasta ingenieros.

La posición alternativa es la socialdemocracia global, que pretende partir del proyecto de la socialdemocracia y, al tiempo, hacer suyos los avances del orden multilateral posterior al Holocausto. Su fin es adoptar parte de los valores e ideas de la socialdemocracia y aplicarlos a la nueva situación económica y política en el mundo. Los pactos sociales nacionales son insuficientes para garantizar un equilibrio real entre los valores de la solidaridad social, la política de la democracia y la eficacia del mercado. El desafío actual, como ha señalado el secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, es diseñar un pacto o proyecto similar que sirva de base para la nueva economía mundial.



ANTI Y PROGLOBALIZACIÓN

El proyecto de la socialdemocracia global responde a ese reto. Es una base para fomentar el imperio de la ley internacional, mayor transparencia, responsabilidad y democracia en el gobierno del mundo, un compromiso más profundo con la justicia social, la protección y reinención de la comunidad a distintos niveles, y la transformación de la economía global en un orden económico libre y justo, basado en unas normas. La política de la socialdemocracia global contiene claras posibilidades de diálogo entre distintos segmentos del espectro político pro y antiglobalización, aunque, por supuesto, será blanco de las críticas por parte de los extremos.

El cuadro (páginas 52 y 53) resume el proyecto de la socialdemocracia global, la base para una nueva alianza mundial. No trata de presentar una elección entre todo o nada, sino que ofrece una dirección para el cambio, con

claros puntos de orientación. Aunque cualquier medida adoptada para poner en marcha el programa de reformas en cada una de estas áreas sería un paso importantísimo para la política progresista, el programa de la socialdemocracia global sólo podrá afrontarse, en definitiva, si se abordan las medidas políticas de todas ellas. Uno de los principales interrogantes políticos de nuestra época es cuál es la mejor manera de llevar a la práctica dicho programa y cuál es la mejor forma de proporcionar los bienes públicos globales.

Podría desarrollarse una coalición de agrupaciones políticas que impulse aún más el programa de la socialdemocracia global, en la que entrarían países europeos de fuerte tradición liberal y socialdemócrata; grupos progresistas estadounidenses que apoyan el multilateralismo y el imperio de la ley en los asuntos internacionales; países en vías de desarrollo que luchan por conseguir normas comerciales más libres y más justas en el sistema económico mundial; organizaciones no gubernamentales, desde Amnistía Internacional hasta Oxfam, que luchan por un orden mundial más justo, democrático y equitativo; movimientos sociales transnacionales que se oponen a la naturaleza y la forma de la globalización actual, y las fuerzas económicas que desean una economía mundial más estable y mejor administrada.

El nuevo internacionalismo está definido por el compromiso con los ideales éticos cosmopolitas y el intento de afianzarlos en la política, la sociedad y la economía

La coalición para la socialdemocracia global necesitaría contar con una compleja serie de grupos y compromisos para resultar atractiva. Pero, a pesar de su complejidad, no es imposible. Éstos podrían ser algunos de sus ingredientes fundamentales:

Grandes potencias europeas | Deben comprometerse a crear un orden multilateral, y no un orden multipolar, en el que se limiten a perseguir sus propios intereses de Estado por encima de todo lo demás.

Unión Europea | La UE debe abordar su debilidad en asuntos geopolíticos y estratégicos mediante el desarrollo de una fuerza de reacción rápida y la creación de una fuerza de defensa común europea.

Estados Unidos | Washington tiene que reconocer que sus intereses estratégicos, económicos y ambientales a largo plazo sólo pueden alcanzarse mediante la colaboración, y debe aceptar, como cuestión de principios, las oportunidades y restricciones que ofrecen las instituciones multilaterales y los regímenes internacionales.

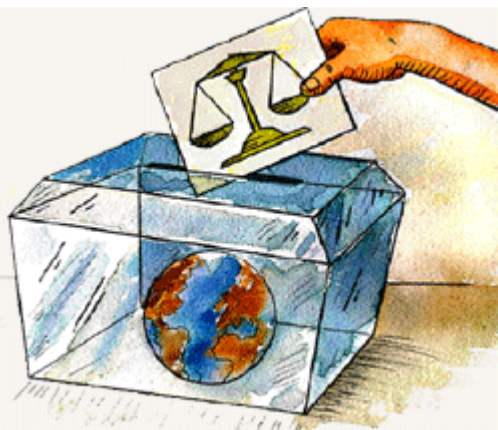
Países en vías de desarrollo | Los países menos favorecidos que buscan ayudas sustanciales e inversiones extranjeras (tanto públicas como privadas), necesitan aceptar el establecimiento de formas de gobierno transparentes y positivas como requisito para atraer dichas inversiones a la infraestructura de sus economías y sus sociedades.

ONG | Las organizaciones no gubernamentales necesitan comprender que, si bien su voz en los asuntos internacionales es importante, representan intereses particulares que deben acomodarse y adaptarse a unos contextos más generales de responsabilidad y justicia.

OIG | Las organizaciones internacionales gubernamentales que utilizan y defienden más financiación pública tienen que reconocer que son parte de un funcionariado internacional que contribuye a proporcionar bienes públicos esenciales y no representantes de Estados-nación concretos ni intereses sectoriales. Es preciso racionalizar y aclarar los mandatos y las jurisdicciones de las OIG, confusos y contradictorios.

Gobiernos regionales | Sin dejar de incrementar y ampliar las oportunidades de desarrollo de sus Estados miembros, deben comprometerse a mantener sus regiones abiertas a la relación económica y diplomática con otras; es decir, deben fomentar formas abiertas de regionalismo.

Gobiernos nacionales | Deben reconocer que son partes interesadas en los problemas mundiales y que ese interés es un primer paso fundamental hacia su resolución; los parlamentos nacionales y regionales necesitan mejorar su comunicación con los órganos de gobierno supranacionales, su conocimiento de ellos y su compromiso.



Las pautas de la socialdemocracia global.

D. H.

Principios éticos rectores

Igualdad de valor moral, igualdad de libertades, igualdad de condición política, toma colectiva de decisiones sobre los asuntos públicos, mejora de las necesidades urgentes, desarrollo para todos, sostenibilidad ambiental.

Objetivos institucionales

Imperio de la ley, igualdad política, política democrática, justicia social mundial, solidaridad social y espíritu comunitario, eficiencia económica, equilibrio ecológico mundial.

Medidas prioritarias

- **Economía**

- Regular los mercados mundiales; salvar la ronda de negociaciones comerciales de Doha; eliminar los subsidios de la UE y EE UU a la agricultura y el sector textil; reformar los aspectos de los derechos de propiedad intelectual ligados al comercio (TRIPS); ampliar los términos de referencia del Global Compact (iniciativa de Kofi Annan para que los líderes y las corporaciones mundiales adopten nueve principios que afectan a los derechos humanos, el trabajo y el medio ambiente).
- Promover el desarrollo: realizar una integración gradual de los mercados comerciales y financieros mundiales (especialmente los mercados de capitales de cartera); ampliar la capacidad negociadora de los países en vías de desarrollo dentro de la Organización Mundial del Comercio (OMC); aumentar la participación de los países en vías de desarrollo en las instituciones financieras internacionales; abolir la deuda para los países fuertemente endeudados; vincular la cancelación de la deuda a la financiación de la educación infantil y la atención sanitaria básica; cumplir el objetivo de la ONU de dedicar el 0,7% del PIB a la ayuda exterior; establecer un nuevo instrumento financiero internacional para facilitar las inversiones en los países

Europa podría desempeñar un papel especial en la defensa de la causa de la socialdemocracia global. Como cuna de la socialdemocracia y de un experimento histórico de gobierno por encima de los Estados, Europa ha acumulado enorme experiencia en el estudio de diseños institucionales para un gobierno supraestatal. Ofrece nuevas formas de pensamiento sobre el gobierno más allá del Estado, que promueven una actitud más responsable y reglamentada –y no neoliberal ni unilateral– respecto al gobierno mundial. Eso no quiere decir que la UE tenga que dirigir una coalición de fuerzas transnacionales e internacionales opuestas a Estados Unidos. Al contrario, es crucial ser conscientes de la complejidad de la política nacional estadounidense y la existencia de fuerzas sociales, políticas y económicas progresistas, que propugnan un orden mundial muy distinto al que defienden los neoconservadores actuales.

Aunque algunos de los posibles participantes en un movimiento hacia la socialdemocracia global tendrían, inevitablemente, intereses divergentes en una gran variedad de materias, existe la posibilidad de que exista una gran coincidencia a la hora de reforzar el multilateralismo, construir nuevas instituciones para la provisión de bienes públicos globales, regular los mercados mundiales, aumentar la responsabilidad, proteger el medio ambiente y remediar con urgencia las injusticias sociales que matan a diario a miles de hombres, mujeres y niños. Y existen pruebas de que el empuje de una coalición semejante estaría en sintonía con la actitud de la gente hacia la globalización en muchas partes del mundo. Una encuesta reciente destaca que, aunque muchas personas tienen una opinión positiva sobre las ventajas de la globalización, en general, desean un tipo de globalización distinto al que se les ofrece en la actualidad: la integración de las economías y las sociedades tiene que compensarse con la protección de las tradiciones locales, un ritmo de vida sostenible y una red mundial de protección social que ayude a garantizar la igualdad de oportunidades.

RAZONES PARA EL PESIMISMO

A lo largo de los últimos cien años, el poder político se ha transformado y reconfigurado. Se ha repartido por debajo, por encima y al lado del Estado-nación. La globalización ha *acercado* a grandes sectores de la población mundial en comunidades de destino superpuestas. Sin embargo, es evidente que existen numerosas razones para el pesimismo. Se avecinan nubes de tormenta. La globalización

no sólo ha unido a pueblos y naciones, sino que también ha creado nuevas formas de antagonismo. La globalización de las comunicaciones no sólo facilita el entendimiento mutuo, sino que, muchas veces, destaca lo que no tiene en común la gente y en qué medida y por qué importan las diferencias.

El juego político dominante en la *ciudad transnacional* sigue siendo la geopolítica. El egocentrismo étnico, el nacionalismo de ultraderecha y la política unilateralista están otra vez en aumento, y no sólo en Occidente. Ahora bien, las circunstancias y el carácter de la política han cambiado. Igual que la cultura nacional y las tradiciones de los Estados, el internacionalismo vibrante y la socialdemocracia global son un proyecto cultural y político, pero con una diferencia: son más adecuados para nuestra era regional y global. Por desgracia, en muchas partes del mundo todavía no se han desarrollado del todo los argumentos en su favor, y esa falta de desarrollo puede tener consecuencias.

Es importante regresar al 11 de septiembre y la guerra de Irak, y decir qué significan en este contexto. No se puede aceptar el peso de restaurar la responsabilidad y la justicia en una esfera de la vida –la seguridad física y la cooperación política entre los aparatos de defensa– sin intentar hacerlo, al mismo tiempo, en todas las demás. Si la dimensión política y de seguridad de la responsabilidad y la justicia se mantiene separada a largo plazo de la dimensión social y económica –como tiende a hacer el orden mundial actual–, las perspectivas de vivir en una sociedad civil y pacífica serán muy escasas. Para contar con el apoyo popular contra el terrorismo, la violencia política y las políticas excluyentes de todo tipo, es preciso convencer a la gente de que existe una forma legal, sensible y específica de resolver sus quejas. Ése es el motivo de que la globalización, sin una socialdemocracia global, pueda fracasar.

El juego político dominante en la 'ciudad transnacional' sigue siendo la geopolítica. El egocentrismo étnico y el nacionalismo de ultraderecha aumentan

Con el telón de fondo del 11 de septiembre, la postura unilateralista actual de Estados Unidos y el desesperado ciclo de violencia en Oriente Medio y otros lugares, propugnar la socialdemocracia global puede parecer un intento de desafiar la gravedad o caminar sobre las aguas. Y sería verdad si

la alternativa fuera adoptar la socialdemocracia global totalmente y desde el principio o no adoptarla en absoluto.

Pero se trata de algo muy similar a lo que ocurría con la construcción del Estado moderno en la época en la que vivieron sus fundadores. A lo largo de las últimas décadas, el crecimiento del multilateralismo y el desarrollo del derecho internacional han creado unos cimientos socialdemócratas en el mundo que son la base para consolidar aún más los principios e instituciones socialdemócratas.

Además, podría surgir una coalición de agrupaciones políticas que continúe esa labor. Desde luego, está por ver hasta qué punto son capaces de unirse –y de superar la feroz oposición que ejercen unos intereses geopolíticos y geoeconómicos muy arraigados– tales fuerzas en torno a esos objetivos.

Hay mucho en juego, pero también son muchos los beneficios posibles para la seguridad y el desarrollo de la humanidad si logramos hacer realidad la aspiración de socialdemocracia global. Una cosa está clara: las políticas actuales de seguridad y desarrollo no son suficientes, y los argumentos para recurrir a nuevas políticas y nuevos métodos son abrumadores.



¿Algo más?

Desde la época de la Ilustración, la idea de un gobierno mundial ha sido un sueño de la humanidad. Kant, Rousseau y otros filósofos del siglo de las luces escribieron sobre ello. En la actualidad son, sobre todo, teóricos de la socialdemocracia europea quienes más reflexionan sobre la conveniencia y la necesidad de una cierta gobernanza mundial y una regulación del fenómeno de la globalización, como David Held en *Global Covenant. The Social Democratic Alternative to the Washington Consensus* (Cambridge, Polity Press, 2004). Anteriormente, había publicado *Modelos de democracia* (Alianza Editorial, Madrid, 2002), *La democracia y el orden global: del estado moderno al gobierno cosmopolita* (Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 1997) o *Globalización/Antiglobalización: sobre la reconstrucción del orden mundial* (Ed. Paidós Ibérica, Barcelona, 2003), en colaboración con Anthony Mc Grew. Anthony Giddens, teórico de la tercera vía, también lo ha hecho en obras como *Consecuencias de la modernidad* (Alianza Editorial, Madrid, 2004) o *The Progressive Manifesto* (Cambridge, Polity, 2003). Frente a estas posiciones, un neoconservador estadounidense como Robert Kagan asegura en *Poder y debilidad: Europa y Estados Unidos frente al nuevo orden mundial* (Ed. Taurus, Madrid, 2003) que la brecha entre ambos continentes es insalvable y que Washington debe ejercer su poder en solitario. En *La paradoja del poder norteamericano* (Ed. Taurus, Madrid, 2003), el politólogo Joseph S. Nye asegura que, para mantener su supremacía, Estados Unidos debe ejercer varios tipos de poder, no sólo el militar. Los organismos internacionales también están presentes en este debate e intentan influir en la agenda y la orientación de la política mundial a través de un vasto entramado de organizaciones. El secretario de Naciones Unidas, Kofi Annan, aboga en su propuesta *A compact for a new century* porque los líderes y las corporaciones mundiales adopten una regulación común en aspectos como derechos humanos, trabajo y medio ambiente. El texto se puede encontrar en inglés en: www.un.org

Para estudiar las últimas estadísticas en tendencias globales resultan muy útiles documentos del Banco Mundial como *World Development Indicators* (World Bank, Washington, 2004) o *Poverty in the Age of Globalization* (World Bank, Washington, 2002). También se puede consultar el *Informe sobre desarrollo humano 2003* del PNUD, que está disponible en la Red en <http://hdr.undp.org/reports/global/2003/espanol/index.htm>, y el informe en castellano sobre el Comercio y el Desarrollo 2003 del Programa sobre Comercio y Desarrollo de la ONU (UNCTAD) en: www.unctad.org/Templates/Page.asp?intlemlID=1397&lang=1). Asimismo, resulta revelador el anuario *Global Civil Society 2003*, un resumen sobre las transformaciones y el análisis de la sociedad global, realizado por Global Civil

Society Project, que se puede descargar en inglés en: www.lse.ac.uk/Depts/global/Yearbook/outline2003.htm

David Held es catedrático de Ciencia Política en la London School of Economics (LSE) y miembro del consejo editorial de FP edición española. Este texto es la conclusión de su nuevo libro Global Covenant (Cambridge, Polity Press, 2004).

Fecha de creación
11 septiembre, 2007